



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XXVII)

¿Dónde puede ir una mujer en 1918 a la espera de 1920 para encargar un hijo con la colaboración del barón de Coubertin? Me fui a la Pilarica acogida por negros presagios, angustiada por el espectro de mi vida pecadora. Me faltaban cincuenta metros para llegar a la puerta de la basílica y me planteaba la posibilidad de entrar en un convento de las carmelitas descalzas, porque desde pequeña siempre me ha chiflado andar descalza, y si no fuera por el protocolo de mis oficios, descalza iba yo todas las horas del día. Me faltaban unos cincuenta metros para entrar en la basílica, cuando oigo que me llaman:

—¡Encarna! ¡Encarnita!

Lerroux.

Alejandro me cogió las manos, se apartó de mí sin soltarlas, y dijo:

—¡Estás buenísima! ¿A dónde ibas?

—A rezarle a la Pilarica. Estoy muy deprimida.

—De ahí vengo yo. He ido a pedirle que me ilumine sobre una cuestión importante: ¿quién dará el golpe de Estado en España, Primo de Rivera o yo?

—¿Cuándo?

—Si todo va bien, para mil novecientos veintitrés.

—Pues yo sé de otro que le ha preguntado lo mismo a una pitonisa: Ortega y Gasset.

—Mira tú. El abusón ese. Con el cabezón de sabio que tiene y recurre a las pitonisas. Debería estar prohi-

bido. ¡Hay cada zancadilla en este oficio! ¡No te metas nunca en política, Encarnita, hija! Anda, vamos a tomarnos unas morcillas de arroz y unas salchichas de cordero, que en una tasca de por aquí las ponen fenomenal.

Y nos metimos en una tasca. Alejandro bebía el cariñena como si fuera albariño, y así acabó. Cantando como un energúmeno esa grosería que dice: «Los estudiantes navarros, chin pon, etcétera... al llegar a la posada, lo primero que preguntan, etc., etc.». Tuve que llevarle al hotel, desnudarle, meterle en la cama. Le dejé dormido y me marché del hotel con una idea obsesiva en la cabeza: irme de España. Ir a otros lugares a la espera de mi encuentro en Amberes. Me fui a una casa de viajes y pregunté:

—¿Lo más lejos que tiene?

—Tasmania.

—¿Eso está en el mundo, ruiseñor?

—Al Sur de Australia.

—¡Jesús! Algo más cerca.

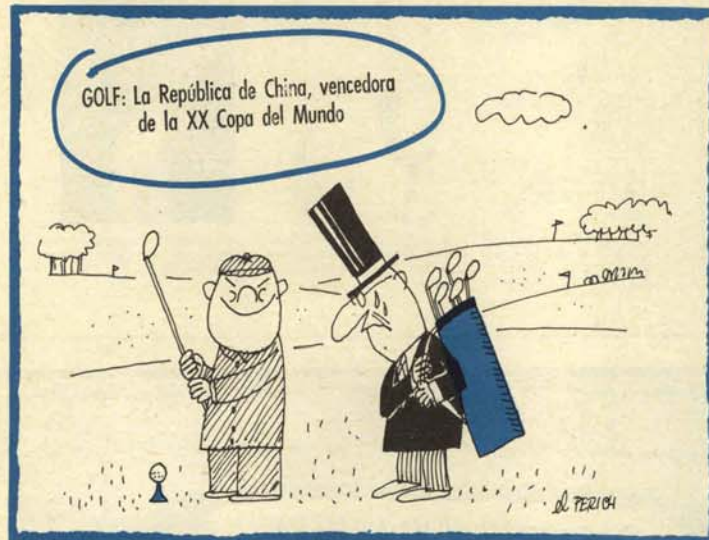
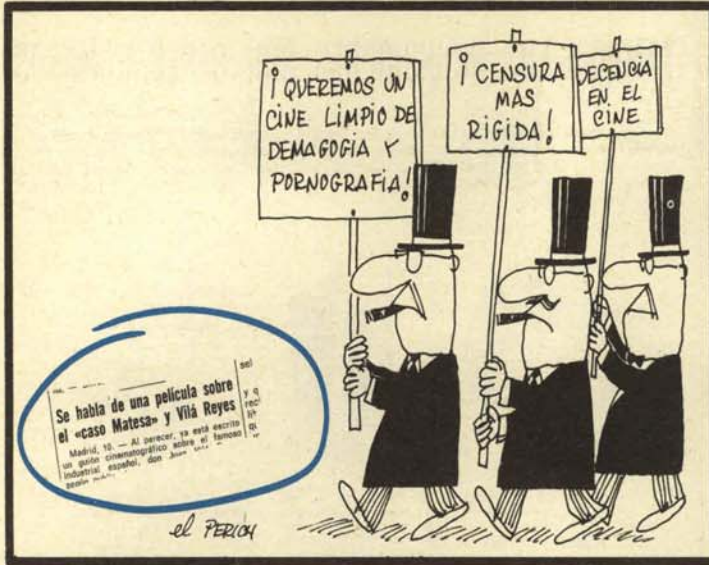
—Argentina. Buenos Aires.

Y me hizo gracia. Me arreglaron ellos mismos el viaje a La Coruña y el embarque hacia Argentina. Mas no se habían terminado mis tribulaciones en solar patrio. Al llegar al transbordo de Venta de Baños, un arropiezo enmascarado se subió al tren y con voz de primera comunión dijo:

—¡Que nadie se mueva! ¡Esto es un secuestro!

Y nos amenazaba con un rifle de repetición.

(Continuará)



¿COMO dejar de atormentarme ante aquel rudo dilema? ¿Qué droga mental podría hacérmelo olvidar, devolverme el sosiego y centrarme derecho a los brazos de Morfeo, hermafrodita olímpico, concubino deseado de toda gente de cualquier clase? Es seguro que alguien habrá que me reproche, dirá que no duermo porque no quiero, porque soy un noctámbulo vicioso y el largo entrenamiento en el vicio de trasnocharme me ha producido un hábito tan arraigado que ya no puedo dominar. Eso no es sino mala fe: ¿quien con una sensibilidad mediana puede dormir tranquilo sin tener una respuesta, si no categórica por lo menos aproximada, con ciertos visos de realidad a esa pregunta? ¿Cuándo volverá monseñor? «¿Cuándo?», digo en alta voz estrujando la almohada. «¿Cuándo?», repito volteando sobre la cama o, más finamente, lecho. Por toda respuesta, lejanos ruidos de motores, el pipí gigantesco de los rega-



MIS INSOMNIOS

La vuelta de monseñor

dores y el chuceo, esporádico de los serenos.

Amanece y estoy envuelto en la sábana, como un lázaro nacional, con las mantas por el suelo y la colcha rodeándome el cuello. Estoy helado y, como puedo, arreglo las cobijas sobre mi cuerpo mártir y agotado. ¡Señor, Señor!, ¿por qué no puedes mandarme una señal, un atisbo de lo que se prepara? ¡Tantos aguardando y ningún indicio claro! Aguarda la Universidad, arrebujada y huérfana en los campus verdes del país boreal; espera el Instituto sediento de luz entre

las tinieblas industriales del acre suburbio, sobre el que reina con amor duro y franco... ¡Cielos, qué agonía compartida de tantos corazones! ¡Qué tiniebla sin pausa, sin rendija de luz, sin esperanza!...

No es posible que dure esta fría orfandad mucho más tiempo. Alguien nos mira desde arriba y no puede tenernos sumergidos durante tanto tiempo en tanta tribulación. Esa, esa es mi esperanza. Llegará la señal: un suelto en la prensa, una nota por radio, una discreta noticia de televisión... Estoy seguro, no podemos seguir así, algo nos dirá, muy pronto, que viene monseñor. ¡Sí, oh, sí, ha de venir monseñor... y muy pronto! Con la sonrisa de la segura esperanza, vuelve la paz, arriba el sueño, la dulce laxitud, y poco a poco, con tanta dulzura que parece que chorrea miel, me voy durmiendo entre la sábana arrugada y la manta sobajada (arcaísmo por sobajada). Gracias, señor Mon, muchísimas gracias.

GOLIAT



ESTE NUDO ES SOLO PARA RECORDARLE ALGO QUE TENIA QUE HACER USTED HOY Y YA SE LE OLVIDABA.

¡A QUE SI!
¡DE NADA!